

Intenta fallar Zambra

Mil novecientos ochenta y cuatro: el narrador uruguayo Mario Levrero comienza a escribir *La novela luminosa*. Por entonces tiene 44 años y mucho miedo, pues pronto debe someterse a una operación en la vesícula; por eso completa, con premura, varios libros, entre ellos *La novela luminosa*, que adelanta hasta el séptimo capítulo. La operación es un éxito, la novela un fracaso: Levrero quema dos de los siete capítulos y el libro queda inconcluso, en calidad de proyecto imposible.

Pero dieciséis años más tarde la Fundación Guggenheim aprueba ese proyecto imposible: Levrero es becado para dedicarse en plenitud a continuar su obra maestra. Es agosto de 2000 y el escritor avanza como buenamente puede: poco, nada. Comienza, en cambio, un diario, que llama el *Diario de la beca*, donde registra sus distracciones, que son muchas, todas muy atendibles: jugar innumerables solitarios en el computador, leer o releer antiguas novelas policiales, emprender tímidos paseos en la discutible compañía de una mujer que ha dejado de amarlo, o comprar un sillón verdaderamente cómodo –sin duda es más fácil comprar un sillón que escribir una novela luminosa, pero a Levrero le cuesta un mundo decidirse entre un modelo celeste-grisáceo (ideal para dormir) y un atractivo bergère (ideal para leer), así es que compra los dos. Luego, enfrentado al insoponible verano de Montevideo, Levrero comprende que le será difícil dormir o leer (o escribir) sin aire acondicionado. ¿Para escribir la novela luminosa es necesario tener aire acondicionado? Sí. ¿Es posible, en realidad, escribir la novela luminosa? No. ¿Por qué? Porque hay cosas que no se pueden narrar. ¿Para qué, entonces, intentar narrarlas? Para retornar. ¿Dónde? No sabe, no responde.

Publicada por Alfaguara-Uruguay en 2005, un año después de la muerte de Levrero, *La novela luminosa* suma, en definitiva, quinientas y tantas páginas: las cuatrocientas del diario (incorporadas en calidad de gigantesco prólogo) más las escasas carillas escritas en 1984 y un notable capítulo-cuento titulado *Primera comunión*, único resultado “real” del bendito año Guggenheim. ¿Es *La novela luminosa* una novela? Sí y no: “una novela, actualmente, es cualquier cosa que se ponga entre tapa y contratapa”, dice Levrero, con cierta lúcida resignación. Pero *La novela luminosa* tampoco es, con propiedad, un diario, pues persisten, en aparente dispersión, ciertos hilos argumentales que van y vienen según el impredecible ánimo del narrador. La observación del cadáver de una paloma en la azotea vecina, en tanto, por momentos cobra dimensiones alegóricas, al

igual que los sueños, que Levrero apunta religiosamente, luchando, como dice, contra los poderosos “mecanismos de borrado”.

Hay, por cierto, varios berrinches que poco a poco conforman, por oposición, una estética: escuchar a Beethoven es, para Levrero, como escuchar “a un niño tocando el tambor a la hora de la siesta”, y el *Himno a la alegría* le hace pensar “en alemanes haciendo gimnasia, dirigidos por una profesora de cara caballuna”; la novela tradicional, por otra parte, le provoca similares dolores de cabeza: “No me interesan los autores que crean laboriosamente sus novelones de 400 páginas, en base a fichas y a una imaginación disciplinada; sólo transmiten una información vacía, triste, deprimente. Y mentirosa, bajo ese disfraz de naturalismo. Como el famoso Flaubert. Puaj”.

Si en *El discurso vacío* –un libro muy bello, que reeditó Interzona el año pasado– el autor ensayaba la autoterapia grafológica (escribir a mano, recuperar la letra, cambiar la letra para cambiar la vida), en *La novela luminosa* el computador se transforma, con ventaja, en uno de los personajes principales: Levrero anota sus discusiones con el corrector ortográfico –que, inexplicablemente, admite la palabra “coño” pero no la palabra “pene”, y que cuando el autor escribe “Joyce” sugiere cambiarlo por “José” –y sabe lo suficiente de Visual Basic como para quedarse hasta las nueve de la mañana ideando un programa que le avise que es hora de tomar el antidepresivo. A veces escribe a mano simplemente para castigarse por el abuso del computador; otras veces acepta su adicción y la disfruta. No es raro, entonces, que el momento más feliz del libro sea esta eufórica confesión: “iiiiiiArreglé el Word 2000!!!!!!”.

De seguro arreglar el Word 2000 es más fácil que escribir esa insondable novela que Levrero escribe pero no escribe. En fin: para escribir la novela luminosa es necesario pasar por la novela oscura; para hacer literatura de verdad es preciso recurrir, como él dice, a la literatura fraudulenta. Novela sin novela; literatura sin literatura.

“Escribir entre paréntesis me produce ansiedad, seguramente por temor a olvidarme de cerrarlos”, anota Levrero en alguna perdida página de *La novela luminosa*, una obra extraña y magnífica que se asemeja, justamente, a un larguísimo paréntesis siempre a punto de cerrarse.

Alejandro Zambra
Santiago de Chile · 75

Zambra falla Intenta